Una realidad entre cantos y juegos

María Esther Cervantes Gutiérrez

♦♦♦

A la rueda, rueda de San Miguel, todos toman su caja de miel

Niñas, niños y maestras se toman de la mano y danzan al compás de unas sencillas coplas infantiles, creyendo que realmente a todas y todos les toca por igual la caja de miel. Si así fuera la vida real, qué distinto sería todo. Pensar en equidad no es lo mismo que vivirla. Cuesta trabajo actuar con equidad, defenderla y asumirla, cuando se ha nacido en un medio cultural donde la palabra equidad, entre hombres y mujeres, existe en el vocabulario pero pocas veces se lleva a la práctica. Mas nada es eterno y tampoco imposible.

No es fácil darse cuenta de la inexistencia de equidad en la sociedad, hay quien nunca se da cuenta, y esto se debe a que siempre se piensa que la naturaleza humana está perfectamente articulada, que hombres y mujeres son complemento. Se educa en la creencia que la dualidad hombre-mujer, padre-madre, hermano-hermana, marido-esposa, responden armoniosamente a un orden establecido y por ende cada individuo *debe* cumplir sus respectivas responsabilidades en el hogar, en el trabajo, en la escuela, en la sociedad, y se considera que todo ello es propio de un mundo perfecto, donde cada hombre y cada mujer, *saben* cuál es su deber, cómo deben actuar, qué es permitido y prohibido de acuerdo a su naturaleza. Al descubrir que muchas de las creencias que persisten en nuestra sociedad alejan a los géneros, nos explicamos por qué hombres y mujeres viven en mundos separados, excluyentes uno del otro, por el sólo hecho de pertenecer a sexos diferentes.

Doña Blanca está cubierta de pilares de oro y plata, romperemos un pilar para ver a doña Blanca

A niñas y niños los rodeamos de pilares para protegerlos del *peligro,* para cuidarlos como pequeñas flores que en el futuro se convertirán en frutos viables dentro de la sociedad pero, al mismo tiempo, les enseñamos que niños y niñas son diferentes en cualidades y valores, que unas y otros no pueden compartir en ocasiones los mismos juegos, que las niñas visten de modo diferente a los niños, aunque la falda escolar les impida sentirse libres para sentarse cómodamente en el suelo. A los pequeños se les inculca que tienen mayores capacidades para correr tras un balón y hasta se les permite jugar bruscamente; en cambio, ellas son controladas para que no se "lastimen". Esos pilares que los aíslan, que los someten, son las creencias culturales de los mayores.

Mambrú se fue a la guerra, qué dolor, qué dolor, qué pena. Mambrú se fue a la guerra, sabe Dios si volverá...

La mamá de Rosa pidió que no se le permitiera a su hija jugar con los niños en el recreo, "regularmente la niña regresaba con el uniforme sucio y le platicaba de los goles que había metido". Rosa, decía su madre, era una niña "y las niñas juegan con niñas". Rubén, un alumno de 5 años, siempre dejaba sus trabajos en el salón y al parecer no le interesaba mostrar a su papá y mamá lo hecho en clase. Se le había catalogado (he aquí un prejuicio más) como un niño introvertido, poco afectivo. Lo que se pensaba era falta de afecto al esfuerzo y aprendizaje en el salón de clase resultó ser producto de un hecho lamentable. Esto salió a la luz, cuando se le entregó en una carpeta, decorada, los trabajos olvidados durante semanas; Rubén se negó a llevárselos a su casa y ofendió a la profesora. Días después, con no poco esfuerzo de parte de la profesora, el pequeño comentó que su papá se burlaba de sus dibujos, de la sopa de letras pegada en el papel, de cuando salió disfrazado de conejo el *Día de las Madres* y de las canciones que aprendía en la escuela. Eso, decía su papá, era "cosa de niñas", que ya entraría a la Primaria donde aprendería a ser hombrecito y dejaría de llorar como *vieja*. Al hablar con la madre, ella suavizó la actitud del padre, porque no era su intención burlarse del niño, sino que eran bromas que el pequeño aún no entendía: *"Como mi marido no sabe lo que es el kínder, ya sabe, cree que aquí los chiquean mucho"*. Los hombres no lloran, son valientes, deben demostrar su fuerza venciendo al más débil, el *último es vieja*. Esta educación resta importancia a valores como el respeto, la libertad, la responsabilidad y la tolerancia, así como limita el desarrollo de la sensibilidad, la ternura, la creatividad y la imaginación. Como Mambrú, los niños van a la guerra, una contienda que les marcó el destino de ser hombres. Las niñas no son invitadas, afortunadamente, su deber consiste en esperar y rezar a que Mambrú regrese a casa.

Arroz con leche me quiero casar con una muchacha que sepa bordar...

Juegos y rondas tan inocentes, no son otra cosa que la proyección cultural de cada sociedad; continuamente marcamos, en unos y en otras, los estereotipos, los deberes según el sexo y se define en los pequeños la inequidad entre géneros, que prevalecen en su edad adulta. Romper la imbricada red que sostiene la inequidad es una tarea muy difícil pero, se insiste, no es imposible.

Desde la Secretaría de Educación Pública se está fomentando entre los educadores y las educadoras lo relativo a la enseñanza con perspectiva de género, se tiene confianza en que las futuras generaciones recibirán una educación más justa. Pero no es posible avanzar sin una preparación consciente, sin la reflexión y la convicción de que esto es lo mejor para todos y todas. Si maestros y maestras se preparan y educan para ser mejores guías para los pequeños alumnos y alumnas, y si esto lo proyectamos a las madres y padres de familia, seguramente en unos años se podrá hablar de un camino más seguro para enseñar a los niños y niñas a vivir en equidad, a ser personas.

Por lo pronto, se debe aprender a desprender, y es deseable que los próximos cursos y proyectos educativos que ofrezca la Secretaría de Educación Pública se refieran a la manera de no repetir los errores que prevalecen en la educación sexista, que en este aprendizaje se involucren todas las personas relacionadas con el sector educativo: inspección, dirección, autoridades superiores, intendentes, educadoras, auxiliares educativos, etcétera. Porque de manera aislada no se tendrían resultados, sino obstáculos para aplicar cualquier proyecto de reforma educativa.

Se espera que las personas que guíen este aprendizaje estén lo suficientemente preparadas para orientar y resolver muchos de los problemas que a diario se presentan en el trato con los padres y madres de familia y, sobre todo, con los niños y niñas que tienen toda su confianza depositada en nosotras: las educadoras.

